3014

La

Dama de las

Camelias

14

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LA DAMA DE LAS CAMELIAS,

DRAMA EN CUATRO ACTOS, ESCRITO EN FRANCÉS

POR

ALEJANDRO DUMAS (hijo)

ARREGLADO DIRECTAMENTE DE LA TRADUCCION ITALIANA, POR ENCARGO DE LA CELEBRE ACTRIZ

DOÑA CAROLINA CIVILI

por

D. FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

D. ANTONIO ROTONDO,

estrenado en el teatro principal de Zaragoza en el mes de Junio de 1866.

OCHO REALES.

MADRID:
IMPRENTA DE GABRIEL ALHAMBRA,
CALLE DE SAN BERNARDO, 73.
1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA GAUTIER	Srta. Carolina Civili.
LA SRA. DUVERNOY.	
ANITA.	
ERMINIA.	
ARMANDO DUVAL.	
SAINT-GAUDENS.	
EL SR. DUVAL.	
GASTON.	
EL DUQUE DE GIRÉ.	
GUSTAVO.	
UN MÉDICO.	
CONVIDADOS.	

Es propiedad del Editor D. Vicente de Lalama, y queda hecho el depósito que marca la ley.

Se hallará de venta en las librerías de Cuesta, Carretas, 9; y San Martin, Puerta del Sol, 6; así como en casa de sus corresponsales en Provincias.

FRANCISCO GARCÍA CARRERA
28 NOV 901

ACTO PRIMERO.

Sala elegante; muebles de lujo; chimenea, mesa preparada, luces, etc.

ESCENA PRIMERA.

ANITA *cosiendo. Al levantarse el telon, campanilla.*

ANITA. Me parece que han llamado. Será la señora? No lo creo; porque todavía no son las diez, y me dijo que no volveria hasta las once. Ah! ya está aquí.

ESCENA II.

Dicha y MARGARITA.

MAR. Anita, anda á preparar la cena. Vá á venir dentro de poco Saint-Gaudens; le he encontrado en la ópera. Has visto á la señora Duvernoy?

ANITA. Si señora.

MAR. Y vendrá esta noche?

ANITA. Ha dicho que sí. Tambien ha estado aquí la señorita Erminia.

MAR. Y, por qué no me ha esperado?

ANITA. Porque le aguardaba en la calle el señor Gustavo. Se ha llevado la manteleta de blondas para componerla. La señorita Erminia os ahorra, por lo menos, dos mil francos al año.

MAR. Pobrecilla!

ANITA. Tambien ha venido el médico.

MAR. Y, qué ha dicho?

ANITA. Os recomienda el sosiego, la tranquilidad.

MAR. Qué bueno es! Y qué mas?

ANITA. Han traido este ramo de flores.

MAR. (*Tomando el ramo.*) Rosas! Jacintos! Anita, lleva este ramo á tu cuarto.

ANITA. Cómo! No le aceptais?

MAR. Sabes cómo me llamo?

ANITA. Qué pregunta! Margarita Gautier.

MAR. Y nada mas?

ANITA. Sí; tambien os llaman la Dama de las Camelias.

674421

DUVE. Sabeis el regalo que me ha hecho Saint-Gaudens en el dia de mi santo?

MAR. No, en verdad.

DUVE. Me ha regalado un soberbio carruaje.

SAINT. Que tuve la imprudencia de comprar.

DUV. Pero por mas que he hecho, no he podido conseguir que compre las yeguas.

SAINT. No basta con la berlina? Y si no os decidís á amarme por mi linda cara...

DUVE. Eso si que sería emplear bien el tiempo! Vaya un modo de discurrir que tiene este vejestorio de Saint-Gaudens! En mis tiempos...

SAINT. Dejad, señora Duvernoy, por piedad, vuestros recuerdos cronológicos, no sea que vayais á hablarnos de Luis quince! Margarita, mirad, el amigo Duval no ha apurado su vaso.

MAR. Armando, negareis un brindis á mi salud.

ARM. (*Alzando el vaso.*) Cómo! Señora...

SAINT. Vaya, pues; á la salud de la Reina de esta mesa. (*Beb.*)

MAR. Gracias, Armando, gracias.

DUVE. Mientras nos sirven los postres, podemos cantar.

GAS. No lo apruebo; ya no es moda el cantar en la mesa; y por cierto, no comprendo que á vuestra edad conserveis esa aficion.

DUVE. A mi edad! Cuántos años creeis que tengo?

GAS. Qué sé yo! Pero por lo menos los cuarenta y cinco deben haber caido ya.

DUVE. Pues os equivocais de medio á medio, porque he cumplido los treinta y seis hace cuatro años, de modo que os habeis equivocado en nueve. (*Risas.*)

MAR. Ahora que de años se trata, sabed, señor de Saint-Gaudens, que me han contado una de vuestras anécdotas, por cierto bien curiosa.

SAINT. Una anécdota? Cuál?

MAR. Gira sobre cierto coche de alquiler, de color amarillo. El señor de Saint-Gaudens es el decano de nuestra reunion, y si ya no se halla en el caso de inspirar amor, se halla por lo menos en el de inspirar veneracion.

SAINT. Bien dicho; teneis razon; la mas profunda veneracion.

MAR. Todo el que sea de mi opinion, que alce el vaso, y beba á su salud. (*Se levanta y cae.*) Ah!

SAINT. Qué teneis, señora?

MAR. Nada; un mareo sin duda; ya pasó. Ya lo veis, cojo otra vez el vaso, y doy ejemplo. (*Se levanta y cae, todos la rodean.*)

ARM. Señora, qué teneis?

MAR. No es nada... nada... un poco de aire me convendría.

SAINT. Prosiga el brindis.

DUVE. Silencio!

SAINT. Cómo!

DUVE. Está mala Margarita.

MAR. Agua, agua.

DUVE. Qué teneis?

MAR. Lo de siempre; un mal que me acomete casi todos los dias. Un poco de descanso me aliviará. Hay que pasar la noche alegremente. Bailaremos, cantaremos... Tened la bondad de pasar un momento al salon, que no tardaré yo en ir tambien.

DUVE. Venid; ya sabeis que cuando esto la sucede, desea estar sola. Valor, Margarita, valor.

MAR. Gracias.

ARM. (Desventurada! Está enferma en realidad!) (*Vanse todos.*)

ESCENA V.

MARGARITA *sola.*

MAR. (*Mirándose al espejo.*) Cuán pálida estoy! Dios mio! Dios mio!

ESCENA VI.

MARGARITA *y* ARMANDO.

ARM. Y bien, señora, estais mejor.

MAR. Ah! sois vos, Armando? Gracias; mejor me siento. Ya estoy acostumbrada á estos ataques.

ARM. Y acabareis por mataros, señora. Cuánto diera yo por ser pariente vuestro... amigo... si... para deciros que esa vida de agitacion no os conviene.

MAR. Asi podrá sér; pero lejos de seguir vuestro consejo, ahora que me siento mejor, voy á reunirme con mis amigos. (*Se levanta.*) Qué veo! Armando, qué pálido estais!

ARM. Oh! Si vos pudiérais comprender cuanto he sufrido al veros!

MAR. Qué bondadoso! Oidlo bien, Armando; entre toda esa corte de llamados amigos mios, no hay uno, que como vos, se haya molestado en venir á verme.

ARM. Porque ninguno de ellos os ama como yo!

MAR. Ah! sí, en efecto; he oido decir que me profesais un amor novelesco.

ARM. Y os reis?

MAR. Yo reirme! En otro tiempo, tal vez; pero hoy que siempre oigo las mismas frases... ya no me rio.

ARM. Como gusteis, Margarita; pero si en cambio del amor que esperimento, me atreviese á exigir de vos un sacrificio...

MAR. Hablad.

ARM. Desearia que os cuidáseis un poco más.

MAR. Eso no es fácil.

ARM. Por qué?

MAR. No comprendeis que el someterme á una curacion larga y penosa, ese mismo plan seria la causa de mi muerte? Todos estos pasatiempos son mi existencia, mi vida. Me aconsejais que cuide de mi salud! Decidselo á las grandes señoras, á esas que tienen un nombre, una familia, que cuentan con amigos; pero no á mí, que me veo aislada en el mundo.

ARM. Verdad es, Margarita, que yo para vos nada soy... pero si me lo permitiérais, os prestaria una existencia fraternal, no separándome de vuestro lado, hasta que hubiérais recuperado la salud; y si despues de conseguirla, deseábais volver á la vida disipada... estoy seguro de que la reflexion y la conciencia de vos misma, os la prohibirian, y adoptaríais otra vida mas tranquila, que al propio tiempo os conservára siempre jóven y bellá.

MAR. Lenguaje de poeta!

ARM. Margarita! No teneis corazon!

MAR. Por qué lo decis?

ARM. Porque á no ser así, no asomaria á vuestros lábios esa sonrisa!

MAR. Veo que Gaston no me engañó, cuando me dijo, que erais un amante muy sentimental.

ARM. En realidad, el amor de esa especie ha llegado á ser muy raro, es decir, muy ridículo.

MAR. Eso depende de la interpretacion que se le dé, ó de la persona á quien se dirija la declaracion. Con que os encargaríais de mi salud?

ARM. Con toda mi alma.

MAR. Permaneciendo siempre á mi lado?

ARM. Siempre; hasta que cansada de mí, me despidíeseis.

MAR. De dónde ese grande interés hácia mí?

ARM. Y vos me lo preguntais! Procede de esa mágica simpatía, que me inspirásteis cuando hace dos años, os ví por la vez primera, tan bella, tan alegre y tan dichosa. Si, Margarita, desde aquel venturoso dia, mi pensamiento, mi vista no se han apartado de vos un solo instante.

MAR. Y por qué habeis esperado hasta esta noche, para hacerme esa declaracion?

ARM. Por qué? Porque no os conocia.

MAR. Mucho habeis tardado.

ARM. He tardado... porque...

MAR. Por qué?

ARM. Deseais que sea franco? Pues bien, os confieso que me infundiais miedo. Si, Margarita, el influjo que pudiérais ejercer sobre mi existencia... me aterraba, y de ello tengo una buena prueba; porque al ver ahora poco lo que sufríais, sentí mi corazon despedazarse.

MAR. Tan fuerte es vuestro amor?

ARM. Ah, señora! Es de tal inmensidad, que jamás podreis comprenderla. Confieso, sin embargo, que no he sido muy cuerdo, escogiendo esta noche para decirlo.

MAR. Decis bien, y aun mejor hubiera sido que jamás me lo hubiéseis dicho.

ARM. Por qué?

MAR. Porque de tan ingénua confesion, solo pueden resultar dos cosas; ó que no os crea, en cuyo caso si vuestras frases no son exageradas, debeis padecer; ó que os crea, lo cual os condenaría á una vida muy triste, siempre al lado de una mujer enferma, caprichosa... Alegre, si quereis; pero con esa alegría que mata, en vez de dar la vida. Al lado de una mujer que tira cien mil francos al año, papel muy adecuado para un viejo como lo es el Duque de Giré, que solo con verme, solo con estrecharme la mano, cree ver en mí á su hija, y se arruina por sostenerme este boato; pero no para vos, Armando, vos que teneis un corazon noble, franco y generoso, no mereceis una mujer... una mujer... como yo. Basta ya, Armando; seamos formales, y marchemos al salon.

ARM. Id vos, si gustais; yo no pienso moverme de este sitio.

MAR. Por qué?

ARM. Porque esa febril agitacion, esa sonrisa que asoma á vuestros lábios, me estan mortificando de una manera horrible.

MAR. Armando, admitis un consejo?

ARM. Hablad.

MAR. Si las palabras que acabais de pronunciar son hijas de vuestro corazon... dejad á París esta misma noche, y olvidadme; y si esto fuere un sacrificio superior á vuestras fuerzas, queredme como un buen

amigo, y nada mas; visitadme de vez en cuando; reiremos, charlaremos; pero no me considereis como un tipo excéntrico, porque en realidad, valgo muy poco. Ya veis que soy franca.

ARM. Si yo os dijera que he pasado noches enteras debajo de esos balcones; si supiérais que hace diez meses que conservo con idólatra veneracion una flor desprendida de vuestros rizos... qué diríais?

MAR. Qué disparate!

ARM. Decis bien, soy un visionario. Dad rienda suelta á la risa; es lo mejor que podeis hacer. A Dios.

MAR. Armando!

ARM. Me llamais?

MAR. No quisiera que os marcháseis enojado conmigo.

ARM. Yo enojado con vos! Y podeis creerlo?

MAR. Aguardad. En vuestras palabras, en vuestro leal y noble afecto, hay un no sé qué de extraordinario que me inclina á creeros. En prueba de ello, he aquí mi mano. Volved en otra ocasion y hablaremos.

ARM. Vuestra mano! Ah, Margarita, en vez de lo que os he pedido, vuestra mano es muy poco.

MAR. Poco? Pues en ese caso, decidme lo que quereis. Cualquiera diria que podeis disponer de mi voluntad.

ARM. Yo disponer! Yo que tan solo aspiro á una contestacion!

MAR. Y cuál?

ARM. Yo pierdo la razon! Decidme, Margarita; quereis ser amada, pero con un amor profundo, verdadero, eterno?

MAR. Eterno!

ARM. Si, Margarita, eterno.

MAR. Amigo mio, y si os contestase afirmativamente, qué concepto formaríais de mí?

ARM. Os colocaría entre los ángeles.

MAR. No, Armando, diríais lo mismo que todos dicen. Pero qué estoy diciendo? La vida es harto breve para desaprovecharla. Sin embargo, vivid en la persuasion, de que por eterno que sea vuestro amor, y breve que sea mi vida, esta no durará mas que aquel.

ARM. Por qué, Margarita?

MAR. Tomad esta flor, es una camelia.

ARM. Para qué?

MAR. Qué inocente! Para devolvérmela.

ARM. Cuándo?

MAR. Cuando esté marchita.

ARM. Y cuanto tardará en...

MAR. Dios mio! Lo que vá de hoy á mañana.
ARM. Ah! Margarita! Cuán venturoso me haceis.
MAR. Ahora, retiraos.
ARM. Obedezco. A Dios, Margarita, á Dios. *(Vase.)*
MAR. Corazon mio!... Si, no hay duda; me ama!

ESCENA VII.

MARGARITA, GASTÓN *y convidados.*

GAS. Margarita, al baile.
TODOS. Al baile.
MAR. Si, si, vamos al baile.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala baja de una casa en Anteuil; puerta al fondo; chimenea á la derecha, dos puertas laterales, una de ellas, con vidriera, mesa, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ANITA *y la* SEÑORA DUVERNOY, *despues* ARMANDO.

DUV. Dónde está Margarita?

ANITA. En el jardin, con el señorito Gustavo y la señorita Erminia, que han venido á almorzar, y donde pasarán todo el dia. (*Váse.*)

DUV. Voy á verlos.

ARM. Señora Duvernoy, mucho celebro encontraros; tengo que hablaros de cosas importantes.

DUV. (Qué será?)

ARM. Hoy hace quince dias que salísteis de aquí, en el carruaje de Margarita.

DUV. Es verdad.

ARM. Y habeis vuelto á ver el carruaje y las yeguas?

DUV. Quereis que os hable con franqueza?

ARM. Os lo ruego.

DUV. Pues bien, yeguas y carruaje volvieron á sus antiguos dueños; porque como no se habian pagado...

ARM. Y las alhajas?

DUV. Empeñadas; y si quereis una prueba... (*Enseña un papel.*)

ARM. Por qué me lo habeis ocultado?

DUVE. Asi lo tenia dispuesto Margarita.

ARM. Y para qué esos empeños?

DUVE. Para pagar deudas. El Duque, á quien he hablado sobre el particular, ha contestado, que nada quiere oir tocante á Margarita, como no se separe de vos, y harto conoceis que preferirá la muerte.

ARM. Margarita es una joya.

DUVE. Vaya si lo es! Tan bondadosa, tan buen corazon! Capaz es de vender cuanto tiene, por satisfacer sus deudas.

ARM. Y cuánto necesitará?

DUVE. Por lo menos treinta mil francos.

ARM. Está bien. Arreglaos de modo que os concedan una próroga de quince dias, y pasado ese plazo, yo pagaré todo eso.

DUVE. De qué modo?

ARM. Pagándolo. Esto yo lo habia previsto, y tengo dada órden á mi Administrador, para que venda los bienes que heredé de mi madre. Hasta que yo vuelva, impedid que Margarita venda ni un alfiler.

DUVE. Pero...

ARM. Nada, lo dicho, dicho, y punto en boca.

ESCENA II.

Dichos, MARGARITA *y* GUSTAVO.

ARM. Margarita mia. Tienes que reconvenir á la señora Duvernoy.

MAR. Por qué?

ARM. Ayer le supliqué que llevase á mi habitacion las cartas que hubiese para mí, y no lo ha hecho. Esto me privará de estar á tu lado por espacio de un par de horas. Gustavo y Erminia que se queden contigo. Subiré en el primer ómnibus, y pronto me volverás á ver.

MAR. Volverás pronto, no es verdad? Aquí nos encontrarás ocupadas en nuestra labor, y hablando siempre de tí!

ARM. Hasta dentro de dos horas. (*Váse.*)

MAR. Está todo listo?

DUVE. Sí.

MAR. Los papeles?

DUVE. Aquí están. Hoy mismo vendrá el Procurador. Mientras tanto, permitidme que almuerce, porque en verdad, tengo apetito.

MAR. Pasad al comedor. Anita os dará lo que querais.

ESCENA III.

MARGARITA *y* GUSTAVO.

MAR. Ya veis, Gustavo, la vida que llevamos hace tres meses.

GUS. Sois feliz?

MAR. Mucho, pues ya están cumplidos vuestros deseos y los de Erminia. Me ha dado envidia vuestro amor y vuestra felicidad; he querido imitaros y lo he conseguido.

GUS. Y cuándo os casais?

MAR. Con quién, Gustavo?

GUS. Con Armando.

MAR. Armando tiene el derecho de amarme, pero no el deber de darme su nombre; y sin embargo, á poco esfuerzo de mi parte, creo que mañana mismo podría ser su esposa. Cuántos viven en el mundo sin saber lo que es felicidad! Yo la he aprendido de vosotros, y hoy me encuentro en el caso de dar lecciones.

ESCENA IV.

Dichos y ANITA, *despues el* SEÑOR DUVAL.

ANITA. Un caballero desea hablaros.

MAR. Será el Procurador. Bajad un rato al jardin, que pronto nos veremos. Dí que pase. (*Vase Anita.*)

DUV. (*Entrando.*) La señorita Margarita Gautier?

MAR. Servidora vuestra. A quién tengo el honor de hablar?

DUV. Al señor Ernesto Duval.

MAR. Al señor Duval?

DUV. Si señora; al padre de Armando.

MAR. Pero... si Armando no está aquí.

DUV. Lo sabia. Vengo á buscaros á vos sola; quiero tener con vos una esplicacion, y espero que me escucheis. Mi hijo, señora, se deshonra por vos, y se arruina.

MAR. Oh!

DUV. Sí, señora, se arruina.

MAR. A Dios gracias, hasta ahora nada he aceptado de él.

DUV. Lo cual quiere decir, que mi hijo tiene tan poca delicadeza, que os ayuda á gastar lo que aceptais de los demás!

MAR. Caballero, soy mujer, y estoy en mi casa. Estas dos razones deberian hablaros en favor mio. Vuestro tono no es propio de un hombre de experiencia, y yo no puedo consentirlo. Así, pues, permitidme que me retire.

DUV. En verdad, señora, que al veros nadie tiene valor para deciros lo que siente. Vuestra voz es el encanto de la sirena: tenian razon en asegurarme, que érais una mujer peligrosa.

MAR. Para mí, no para los demás.

DUV. Sea como fuere, no es menos cierto que Armando se arruina por vos.

MAR. Y yo os repito, con todo el respeto debido al padre de Armando, que estais equivocado.

DUV. Si eso es cierto, como vos decís, qué significa esta

carta de mi Notario, en la que me avisa que Armando intenta vender la lejítima de su madre?

MAR. Armando podrá tener esa intencion; pero yo lo ignoro, porque si me hubiera hecho semejante oferta, no la hubiera aceptado.

DUV. No la habeis aceptado de otros?

MAR. Sí; pero entonces no amaba.

DUV. Y ahora...

MAR. Ah! hoy es otra cosa.

DUV. Pues de alguna cosa vivireis.

MAR. Me obligais á decir, lo que hubiera deseado callar: pero como lo que deseo, sobre todo, es alcanzar vuestra estimacion, hablaré. Desde el dia que conocí á vuestro hijo, y sentí por él un amor tan poderoso, empeñé y vendí la mayor parte de lo que poseia; trajes, adornos, carruajes. Si lo dudais todavía, mirad. (*Le dá á leer unos papeles.*)

DUV. (*Leyendo.*) La venta de todo lo que poseeis, con obligacion de pagar á vuestros acreedores y remitiros el saldo... Si me habré engañado!

MAR. Sí, señor, os habeis engañado; ó por mejor decir, os han engañado. Compadecedme... porque bien lo merezco. Amo á Armando; hace tres meses que le amo y somos felices. Vos sois su padre; debeis ser bueno como él; y yo os suplico que no hableis mal de mí en su presencia, porque os quiere tanto, que os creeria... y yo tambien os amo, porque sois su padre.

DUV. Dispensadme, señora, el modo poco cortés con que me he presentado en vuestra casa; yo no os conocía, é ignoraba los nobles sentimientos que abrigaba vuestro corazon. Me habia irritado el largo silencio de mi hijo, y su ingratitud, y de todo os acusaba á vos. Vuelvo á suplicaros que me dispenseis..

MAR. Qué bueno sois!

DUV. Señora, en nombre de esos nobles sentimientos, vengo á exigiros, por la felicidad de mi familia, un sacrificio mucho mayor que todos los que habeis hecho.

MAR. Dios mio!

DUV. Oidme, señora, y no creais que os hablo con doblez.

MAR. Callad por Dios! Me vais á decir alguna cosa mas horrible de lo que yo puedo imaginarme. Oh! bien lo veo! Era demasiado feliz!

DUV. Margarita, no es ya un juez el que está delante de vos; no voy á hablaros con la ira en el rostro y la sonrisa en los labios. Soy un padre amante, que viene

á solicitar una gracia; si, á pediros que no destruyais la felicidad de mis hijos.

MAR. De sus hijos?

DUV. Si, Margarita; eso es lo que me trae á este sitio. Yo tengo una hija jóven, hermosa y pura como un ángel; ama á un jóven, y es correspondida. El matrimonio ha sido concertado entre las dos familias, se lo he escrito á Armando; pero como no piensa sino en vos, ó no ha recibido mi carta, ó no se ha dignado contestarme. Pues bien, mi hija, mi pobre hija está á punto de enlazarse con una familia noble, que exige que la mia no tenga la mas leve mancha. La nobleza tiene ciertas exigencias. Por mas honrada que seais á los ojos de Armando, á los mios, no lo sois á los de los demás, que solo verán en vos vuestro pasado, y que os cerrarán sin compasion las puertas de su casa. La familia del que vá á ser mi yerno, ha tenido noticias del género de vida que lleva Armando, y me ha declarado terminantemente, que retiraba su palabra si no mudaba de conducta. Destruireis el porvenir de una niña, que no os ha hecho daño alguno? Margarita, en nombre de vuestro amor, otorgadme la ventura de mis hijos.

MAR. Si, teneis razon; es necesario que yo me sacrifique. No volveré á París, me separaré de Armando por algun tiempo... sufriré mucho... pero qué importa, si así vos no tendreis motivos para acusarme? Por lo demás, la alegría, la esperanza de volvernos á ver, me harán olvidar el dolor de la separacion. Vos me permitireis, al menos, que le escriba alguna vez... y cuando se haya casado vuestra hija...

DUV. Os doy gracias por vuestra abnegacion, pero no es esto lo que yo venia á pediros.

MAR. No? Dios mio! Qué mas podeis exigir de mí?

DUV. Hablemos francamente, Margarita; ya que os veo tan bien dispuesta, haced por completo el sacrificio; una ausencia momentánea no basta.

MAR. Pretendeis que deje á Armando para siempre?

DUV. Es preciso.

MAR. Jamás! Separarme de Armando sería mas que una injusticia, sería un crímen; porque vos ignorais que tengo una enfermedad que me abate, y que si me separo de él para siempre, no podria resistirlo y moriría de dolor.

DUV. Sosegaos, sosegaos, y no exagereis. Sois muy jóven; no, no morireis tan pronto. Comprendo que el sacrificio que os pido es inmenso. Escuchad. Hace tres

meses que conoceis á Armando; entrambos os amais, y en este momento en que os hablo, daríais la vida antes que renunciar á vuestro amor. Insensatos! Quién á vuestra edad pretende fijar para siempre los sentimientos del corazon, que á cada instante cambia de afecto? Quereis saber la verdad de ese sueño en que dormís hace tres meses? Quereis saber lo que vereis al despertar?

MAR. Hablad, señor, hablad.

DUV. Vos estais dispuesta á sacrificarlo todo por mi hijo; pero qué sacrificio podrá él ofreceros en cambio? Os amará mientras seais jóven y hermosa; pero cuando pasen los floridos años de la juventud, Armando os abandonará como sucede generalmente. Demos ahora por supuesto, que cumple su palabra, y se casa con vos. Este enlace no habrá tenido por base la honra, ni la religion por apoyo, ni la familia por resultado; será manantial de infinitas desgracias, espuesto á la crítica del mundo, que le condenará. A qué puede aspirar Armando? Qué carrera se le abre? Qué recompensa tendré yo por haberme sacrificado tantos años por su felicidad?

MAR. Oh!

DUV. Pensad entonces en vuestra vejez, en la soledad á que os vereis condenada, en el desprecio que caerá sobre vos, en las humillaciones porque tendreis que pasar. Qué os quedará entonces de vuestro pasado? Qué beneficios habrán resultado, Margarita? Hay trances en la vida que es necesario arrostrar con firmeza, pero con los que no podemos luchar. Vos y mi hijo debíais seguir dos caminos diametralmente opuestos; el destino los ha unido por un solo momento; pero la razon debe destruir esta union, y volveros á entrambos á vuestro primer estado. Creedlo, Margarita, las consecuencias tienen que ser funestas para vos. Por el contrario, si accedeis á lo que os suplico, llegará un dia en que os envanezcais del sacrificio que hoy haceis; y un padre que os habla, un padre que conoce el mundo, y sus preocupaciones, os ruega con lágrimas en los ojos, que no destruyais la felicidad de su hija.

MAR. Conque ni el arrepentimiento, ni una conducta honrada pueden rehabilitarme? La débil mujer que cae, ya no puede levantarse? Dios que es justo y clemente, la perdona, pero el mundo... no! La rechaza y la maldice! Es verdad! Es verdad! Con qué derecho una mujer perdida aspira á un puesto, solo reservado á la

honra? Tú amas á un jóven que pertenece á una familia distinguida y honrada! Le has amado pobre y abandonado! Qué importa? Buena razon es esa! Cómo ha de darse crédito á la pureza de tu pasion, si tu oficio de siempre ha sido engañar? Y tienen razon! A quién vienes tú á hablar de sentimiento y de porvenir? Vuelve la vista á lo pasado. Qué hombre querrá llamarte esposa suya? Qué niño querrá llamarte su madre? Ah! si señor, todo lo que me decis lo he pensado yo, y no me atrevia á convencerme de ello; porque ninguno me lo decia, me esforzaba en no creerlo, y rechazaba de mí tan espantosa idea. Vos me lo habeis recordado, y debe ser cierto, porque vos no sois capaz de mentir. Os obedeceré. Vos habeis pronunciado el nombre de vuestra hija, de vuestra hija pura, inocente... Pues bien, decid á esa pobre niña, por la que sacrifico mi felicidad; decidla que yo era una pobre mujer que solo tenia un pensamiento, una esperanza en este mundo, y que al invocar su nombre, esta mujer ha renunciado á todo, ha despezado su corazon... y ha muerto, sí, porque moriré, y aunque el mundo no me perdone, tal vez entonces Dios me perdonará.

DUV. Desventurada!

MAR. Decidme lo que debo hacer; estoy pronta á obedeceros.

DUV. Es preciso que digais á Armando que ya no le amais.

MAR. No me creerá.

DUV. Es preciso partir.

MAR. Me seguirá.

DUV. Entonces...

MAR. Escuchadme. Creeis que mi amor es desinterado?

DUV. Sí, Margarita.

MAR. Creeis que este amor era mi delirio, mi esperanza, la redencion de mi vida?

DUV. Sí, Margarita, lo creo.

MAR. Pues bien; dadme la mano cual si fuera vuestra hija, y yo os prometo que antes de ocho dias, Armando habrá vuelto á vuestro lado; afligido tal vez por algun tiempo, pero curado para siempre, y que nunca sabrá lo que ha pasado entre nosotros.

DUV. Grande es vuestra abnegacion, pero temo...

MAR. Nada temais, me aborrecerá. (*Llama.*) Decid á la señora Duvernoy que venga.

ANITA. (*Saliendo.*) Está bien. (*Váse.*)

MAR. Ahora os voy á pedir un favor.

DUV. Hablad.

MAR. Una gran desgracia amenaza á Armando; para sobrellevar esta terrible crísis, necesita un corazon que comprenda su dolor, y le dé consuelo. Retiraos á ese gabinete.

DUV. Bueno; cuando llegue el momento estaré á su lado. Y vos, qué vais á hacer?

MAR Qué voy á hacer? Si os lo dijera, vuestro deber era impedirlo.

DUV. Pues entonces, decidme al menos, qué puedo yo hacer en cambio de tal sacrificio?

MAR. Qué podreis hacer? Cuando yo esté muerta, cuando Armando maldiga mi memoria, decidle que he renunciado á él, por hacer la felicidad de su familia. Ah! basta, basta, á Dios.

ESCENA V.

MARGARITA *y la señora* DUVERNOY.

MAR. (*Se pone á escribir.*) Dios mio, dadme fuerzas.

DUVE. Me habeis llamado, Margarita?

MAR. Sí, tomad.

DUVE. Qué es esto?

MAR. Una carta.

DUVE. Para quién?

MAR. Miradlo.

DUVE. Oh!

MAR. Silencio, partid al momento.

ESCENA VI.

MARGARITA.

Ahora otra carta para Armando. Pero, qué le digo? Dios mio! Perdonadme el mal que voy á causarle.

ESCENA VII.

Dicha y ARMANDO, *que sale cautelosamente.*

ARM. Qué haces, Margarita?

MAR. Nada.

ARM. Estabas escribiendo. Ese temblor, esa vaguedad en tus palalabras... A quién escribias? Dame esa carta, Margarita.

MAR. Esta carta era para tí; pero en nombre del cielo! No la verás.

ARM. Yo creia que entre nosotros no habia secreto posible.

MAR. Ay! Armando, si supieras!... Pero dime algo de tu ida á París.

ARM. Llegó mi padre.

MAR. Le viste?

ARM. No; pero en la fonda donde paraba, dejó una carta escrita para mí. En cuanto te vea y te hable, él tambien te amará. Si esto no fuera así, en este caso pediré un destino, y no necesitaré de nadie.

MAR. (Cuánto me ama!) (*Alto.*) Enemistarte con tu padre! Oh! Armando! nunca lo aprobaré. Si llegára á venir aquí, como dices, me ausentaré por algunos instantes para que no me vea al entrar; pero volveré á tu lado para reanimarte: me arrojaré á sus pies, y tanto le rogaré, que no tendrá la crueldad de separarnos.

ARM. Estás llorando! Tu mano tiembla! Apenas puedes sostenerte! Por todo lo mas sagrado, dime qué hay, Margarita mia; habla; te lo suplico.

MAR. Nada, Armando; quien se engaña eres tú.

ARM. Esa carta...

MAR. Contiene un secreto que no me es dado revelar. Cosas hay, y tú lo sabes muy bien, que para decirlas siempre nos falta valor. Conténtate con saber que en esta carta vá la mayor prueba de mi amor. No insistas mas, Armando, créeme.

ARM. Bien, pero todo misterio está de más. La señora Duvernoy me lo ha contado todo.

MAR. Puesto que todo lo sabes, supongo que me dejarás marchar.

ARM. Marchar!

MAR. O al menos alejarme. Tu padre debe llegar de un momento á otro. Estaré á dos pasos de aquí, con Gustavo y Erminia en el jardin, y no vendré hasta que me llames. Procura aplacar la cólera de tu padre, si viene muy incomodado; y luego... llevaremos á cabo nuestro proyecto. No volveremos á separarnos; viviremos siempre como estos tres meses, y seremos felices; no es así? Creo que de mí no tienes la menor queja... Ah! repítemelo; necesito oirlo de tus labios.

ARM. No te comprendo; lloras?

MAR. Necesitaba llorar. Quizás sea una locura; pero... ya estoy tranquila: no lo ves? Voy con Gustavo y Erminia, y cualquiera que sea el giro de esta entrevista, ten presente que estoy allí. A Dios, Armando, á Dios!

ESCENA VIII.

ARMANDO, *y despues* ANITA.

ARM. Qué buena es! La sola idea de una separacion la horroriza. Sin embargo, no sé qué he notado en ella de extraño. La turbacion de sus palabras, aquella sonrisa forzada, su indecision y misteriosos rodeos al despedirse... Oh! no sé qué secreto temor empieza á agitarse en mi alma. Si me vendiera! No, no es posible! Pensarlo solamente es un crímen. Tengamos calma, y vamos al jardin. Mi padre no vendrá ya esta noche.

ESCENA IX.

Dicho, ANITA, *y á poco* DUVAL.

ANITA. Señor Armando?

ARM. Qué hay?

ANITA. Esta carta trae un mozo para vos.

ARM. Espera respuesta?

ANITA. No señor. (*Váse.*)

ARM. Dios mio! Es letra de Margarita! «Armando, hoy recobro mi libertad: la dicha es el oro; tú eres pobre, y yo quiero ser feliz. A Dios, no pienses en mí; soy mercancía que se vende, y solo me espera una vida llena de placeres. A Dios.» Maldicion sobre ella! Sí, me vengaré! Morirá! Oh! no, no! Dios mio! En mí solo. (*Aparece Duval.*)

DUV. Hijo!

ARM. Padre! Padre mio!

DUV. Hijo de mi corazon!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de baile. Arcos al fondo; colgaduras, muebles de lujo, luces, mesas de juego, etc.

ESCENA PRIMERA.

GASTON, SAINT-GAUDENS, *la señora* DUVERNOY *y convidados.*

GAS. Sota y Rey. (*Jugando.*)
SAINT. Qué banca hay?
GAS. Cien Luises.
SAINT. Pues pongo á la sota cinco francos.
GAS. Para eso queríais saber qué banca habia?
SAINT. Oh! yo jamás me arriesgo.
DUVE. Saint-Gaudens, teneis la bondad de darme un sorbete?
SAINT. Con mil amores, respetabilísima señora Duvernoy.
DUVE. Señor de Riem... cuánto tiempo hacia que no nos veíamos!
GAS. Y Armando?
DUVE. Qué sé yo! Se marchó repentinamente de Anteuil, y se volvió á París.
GAS. Pues está bueno.
SAINT. Aquí teneis un sorbete, señora.
DUVE. Mil gracias.
SAINT. Qué es eso? No se juega ya?
GAS. No.
SAINT. Entonces vamos al salon del baile.

ESCENA II.

Dichos y ARMANDO.

DUVE. Oh! señor de Duval!
GAS. Armando en París! Celebro tu venida. Estábamos hablando de tí.
ARM. Y qué decíais?
DUVE. Que como estábais en Tours, no podíais ser de los nuestros esta noche.

ARM. Pues os habeis equivocado.
SAINT. Tanto mejor.
GAS. Y cuándo has llegado?
ARM. Hace una hora.
DUVE. Y qué hay de nuevo?
ARM. Nada.
SAINT. Poco es.
DUVE. Habeis visto á Margarita?
ARM. No.
DUVE. No tardará en venir.
ARM. Pues la veré.
DUVE. De qué modo decís eso?
ARM. De qué modo quereis que lo diga?
DUVE. Es decir, que el corazon....
ARM. Completamente curado, gracias á Dios. Si así no fuese, no pondria aquí los pies.
DUVE. Pobrecilla! Ella os amaba, y todavía os ama. Pero hay circunstancias tales... tenia tantas deudas...
ARM. Es verdad; y un pobre como yo no podia pagarlas.
DUVE. Pero....
ARM. Ya se las habrá pagado el Duque de Giré.
DUVE. Si.
ARM. Me alegro.
DUVE. El Duque no se hizo de rogar; á la primera indicacion la ha vuelto á comprar la carretela, los aderezos, en fin, todo lo que habia vendido.
ARM. Y ella no habrá salido de París?
DUVE. Es natural; desde el dia que os marchásteis, no ha querido volver á Anteuil. Yo volví al dia siguiente á recoger varios efectos suyos... y vuestros tambien, que tengo que devolveros, y que están en mi casa á vuestra disposicion. Unicamente se ha quedado Margarita con una cartera que tiene vuestras iniciales; pero si la necesitais yo se la pediré.
ARM. Qué mas dá?
DUVE. Pero si viérais qué abatida está! No duerme. Vá á todos los bailes, se está en ellos hasta que es de dia. Hace poco, despues de una cena suntuosa, tuvo que quedarse tres dias en cama; y cuando el médico la mandó levantarse, volvió á esa vida desarreglada que tanto daño la hace. Si sigue de ese modo, vivirá poco. Y vos pénsais volverla á ver?
ARM. No señora, lo pasado... pasado; ya la he perdonado.
DUVE. Haceis bien; debeis evitar una entrevista inconveniente para los dos.
ARM. Señora, si fuérais tan amable que me dejárais solo...

Tengo que decir á un amigo dos palabras y en secreto.

DUVE. Con mucho gusto.

ESCENA III.

ARMANDO *y* GASTON.

ARM. Recibisteis mi carta, Gaston?

GAS. Si, y por eso he venido.

ARM. Hace mucho tiempo que no ves á Margarita?

GAS. Desde el dia en que salísteis de Anteuil.

ARM. De modo que nada sabemos de ella?

GAS. Nada absolutamente.

ARM. Y tú crees que Margarita me ha amado?

GAS. Y creo que todavía te ama.

ARM. Lee. (*Le da una carta.*)

GAS. Margarita ha escrito esto?

ARM. Si.

GAS. Y cuándo?

ARM. Hace un mes.

GAS. Y tú, qué le has respondido?

ARM. Qué habia de contestar? El golpe fué tan terrible, que creí volverme loco Quise curar ese amor, ahogarle en el mar del desprecio, y olvidar lo pasado odiándola; por eso he venido á este baile. No sé lo que aquí sucederá, pero sea lo que fuere, necesitaré de tu amistad, Gaston, porque tiene un amante, podrá pedirme satisfaccion de un agravio, y entonces... nos batiremos... sí... nos batiremos á muerte.

CRIADO (*Dentro.*) La señorita Margarita Gautier, y el señor Duque de Giré.

ARM. Ella es.

ESCENA IV.

Dichos, MARGARITA *y el* DUQUE; *á poco* SAINT-GAUDENS *y* ARMANDO, *la Señora* DUVERNOY.

DUVE. Qué tarde has venido, Margarita?

DUQ. Hemos estado en la ópera.

DUVE. (Margarita, Armando esta aquí.)

MAR. (Armando!)

DUVE. Sí.

MAR. Qué mal ha hecho en venir!

DUVE. Por qué!

MAR. Por qué...

DUVE. Si al fin y al cabo algun dia le encontrareis; y vale mas ahora...

MAR. Os ha hablado?
DUVE. Sí.
MAR. De mí?
DUVE. Pues es claro.
MAR. Y qué os ha dicho?
DUVE. Que ya no os ama.
MAR. (Tanto mejor.... si es verdad... pero no lo creo; ha correspondido con tanta frialdad á mi saludo, y está tan pálido.)
DUQ. (Habeis visto al señor Duval?)
MAR. (Sí.)
DUQ. Sabíais que iba á venir al baile?
MAR. No.
DUQ. Espero que no le dirigireis la palabra.
MAR. Os lo prometo; pero si él me habla, me veré obligada á contestarle.
GAS. Señora...
MAR. Ah! Gaston! Cuanto gusto tengo de veros!
GAS. Pero qué teneis? Estais llorando?
MAR. Ay ! Gaston! Soy muy desgraciada.
GAS. Que no lo noten, señora. Por qué habeis venido aquí?
MAR. Yo no tengo voluntad propia; además, necesito distracción. La soledad me mataria mas pronto.
GAS. Si quereis seguir mi consejo, volveos á vuestra casa.
MAR. Por qué?
GAS. Porque Dios sabe lo que puede suceder; Armando...
MAR. Armando me aborrece y me desprecia.
GAS. Armando os ama, señora; no veis qué pálido está? No conoceis que esa indiferencia no es natural? No temeis que los celos le cieguen, y que insulte al Duque? Creedme, Margarita, retiraos.
MAR. Un duelo por mi causa entre Armando y el Duque? Teneis razon, Gaston, me voy ahora mismo.
DUQ. Dónde vais, Margarita?
MAR. Estoy sufriendo mucho, amigo mio; llevadme á casa.
DUQ. No es cierto, señora. Ya sé por qué quereis marcharos.
MAR. Por qué?
DUQ. Porque el señor Duval, que está en aquella mesa, no hace caso de vos; y si no teneis bastante valor para verle, sin afectaros, yo no quiero marcharme, exponiéndome á hacer un papel ridículo. Habeis querido venir al baile, en el baile estareis.
DUVE. Qué ópera se ha hecho esta noche?
DUQ. La Favorita.
ARM. Si, una mujer que engaña á su amante.

SAINT. Eso es tan comun!
ARM. Hay tantas...
DUVE. No todas son iguales.
ARM. Ya lo creo; hay tal diversidad de mujeres!
GAS. Demonio, Armando! Qué juego estais haciendo?
ARM. Quiero ver si es verdad, el refran aquel de: «desgraciado en amores, afortunado en el juego.»
GAS. Pues debes ser muy desgraciado en amores, porque llevas ganados mas de doscientos luises.
ARM. Pienso ganar mas de dos mil para redondearme, é irme á vivir al campo.
GAS. Solo?
ARM. No, con cierta persona que ya me acompañó, y que me ha abandonado... Pero cuando sea rico... (Nada dice.)
GAS. (Por Dios, Armando! No ves lo que está sufriendo?)
ARM. Oh! es una soberbia historia; que voy á contarla para pasar el tiempo. Con tanto mas placer, cuanto que estoy viendo uno de esos tipos especiales, que me hacen muchisima gracia; uno de esos entes, cuyo mérito consiste en tener ochenta mil francos de renta.
DUQ. Caballero!
MAR. (*Aparte al Duque.*) Si provocais al señor Duval, os juro que no volveis á verme mas.
ARM. Qué se os ofrece?
DUQ. Puesto que sois tan afortunado en el juego, desearia que echáramos los dos una partida.
ARM. Con mucho gusto.
DUQ. Yo pongo cien luises.
ARM. Vayan cien luises.
DUQ. Y á qué?
ARM. A la mayor. Alzad.
DUQ. (*Alzando.*) Seis.
ARM. (*Idem.*) Siete.
GAS. Armando ha ganado.
DUQ. Doscientos luises.
ARM. Vayan pues.
DUQ. Alzad.
ARM. Tres.
DUQ. Dos.
GAS. Qué suerte teneis, Armando!
SAINT. Me parece que el señor Armando vá á vivir en el campo, á costa del señor Marqués.
MAR. (*Aparte.*) Dios mio! En qué vendrá á parar esto?
DUVE. Señores, á la mesa; la cena está dispuesta.
ARM. Quereis que continuemos la partida?

DUQ. Por ahora, no.

ARM. Os debo el desquite, y os le ofrezco al juego que querais. (*Vase Armando y los demás.*)

DUQ. No os impacienteis, que deseo complaceros con toda mi alma. Margarita, venís?

MAR. Tengo que decir dos palabras á la señora Duvernoy.

DUQ. Si dentro de diez minutos no estais en el comedor, vendré á buscaros á esta sala, no lo olvideis.

MAR. Muy bien.

ESCENA V.

MARGARITA *y la señora* DUVERNOY.

MAR. Buscad á Armando, y decidle que por lo mas sagrado del mundo, venga á verme al momento; necesito hablarle.

DUVER. Y si no quiere?

MAR. Si querrá; estoy cierta de ello. Id, id. (*Vase.*)

ESCENA VI.

MARGARITA, *sola.*

MAR. Calma! calma! Es preciso que ignore el secreto de mi conducta. Dios mio! Y tendré yo fuerzas para cumplir la palabra que he dado al señor Duval? Oh! es preciso que me aborrezca, que me desprecie! Ese es el único medio de impedir una desgracia. Aquí está.

ESCENA VII.

Dicha y ARMANDO.

ARM. Me habeis llamado, señora?

MAR. Si, queria hablaros.

ARM. Para disculparos?

MAR. No, Armando; no trato de eso; olvidemos lo pasado.

ARM. Si, olvidémoslo, porque no os favorece.

MAR. No me insulteis. Ya veis qué pálida, qué abatida estoy! Me faltan las fuerzas para defenderme; pero aunque las tuviera, no lo intentaria. Oidme sin ira, sin desprecio. Armando, dadme la mano.

ARM. Señora, para esto me habeis llamado?

MAR. Nunca hubiera creido que llegase un dia, en que me negáseis vuestra mano! Pero no se trata de eso ahora, es necesario que salgais de París.

ARM. Qué parta!

MAR. Si, es preciso que os vayais con vuestro padre esta misma noche.

ARM. Y por qué, señora?

MAR. Porque Giré os provocará; porque yo no quiero que os suceda ninguna desgracia; porque quiero sufrir sola.

ARM. Es decir, que me aconsejais que cobardemente evite un duelo? Qué sea un villano? Qué extraño es! Mujeres como vos, solo dan esa clase de consejos.

MAR. Armando, yo os juro que desde un mes á esta parte, he sufrido tanto... tanto? que no tengo aliento para decíroslo; mi enfermedad se agrava, y me mata lentamente. En nombre de nuestro pasado amor, en nombre de lo que aun me queda que sufrir, por vuestra hermana, por vuestra madre! volved al lado de vuestro padre, y olvidad mi nombre, si es posible.

ARM. Os comprendo; temeis que mate á vuestro amante?

MAR. La única desgracia que me aterra, es que podrá mataros, Armando.

ARM. Y qué os importa que viva ó muera? Pensásteis en eso cuando me escribísteis. «Olvidadme, amo á otro?» Ah! si no he muerto, es porque he jurado vengarme. Sobra una vida; la del Duque ó la mia, y aunque la pena os quite la vuestra, le mataré.

MAR. Qué culpa tiene el Duque? Yo sola soy la culpable.

ARM. Vos le amais, señora, y por eso le aborrezco.

MAR. Bien sabeis que nunca podré amarle.

ARM. Entonces, por qué os habeis vendido á él?

MAR. No me lo pregunteis, Armando; no puedo decíroslo.

ARM. No podeis decírmelo! Pues bien, yo os lo diré, yo. Porque no teneis corazon; porque sois falsa; porque vuestro amor pertenece solo al que pueda pagarlo; porque este hombre que os consagró su vida entera, que os entregó su honor, tenia para vos menos valor que un carruaje, un aderezo ó una de esas miserables joyas que adornan vuestra impura frente.

MAR. Es verdad, Armando, es verdad; teneis razon; soy una infame, una vil mujer que no os amaba; que os ha engañado. Armando, os lo suplico, partid; salid de París hoy mismo.

ARM. Lo haré, pero con una condicion.

MAR. Cuál?

ARM. Que te vengas conmigo.

MAR. Jamás!

ARM. Escucha, Margarita; yo estoy loco, tengo fiebre, arde mi sangre; mi cabeza se trastorna; me encuentro en una de esas crísis supremas, y creo que seria capaz

de todo, hasta de cometer un crímen. Habla, Margarita, estás decidida? Quieres seguirme?

MAR. Armando, daría mi vida entera por solo un dia de esa suprema ventura... pero; ay! esa ventura no es para mí.

ARM. Por qué?

MAR. Un abismo nos separa; parte solo; olvídame; es preciso; lo he jurado.

ARM. A quién?

MAR. A quien tiene derecho de exigirme ese juramento.

ARM. Al Duque, no es verdad?

MAR. Si.

ARM. Al Duque de Giré!... Con que le amais? Oh! decidme al menos que le amais, y partiré.

MAR. Pues bien, sí, le amo.

ARM. Venid, señores, venid.

MAR. Qué vais á hacer?

ARM. Ahora lo vereis.

ESCENA VIII.

Dichos, el DUQUE, GASTON, SAINT-GAUDENS, *la señora* DUVERNOY *y convidados.*

ARM. Señores, sabeis quién es esta mujer?

TODOS. Si, Margarita Gautier!

ARM. Si, Margarita Gautier. Y sabeis lo que ha hecho? Pues esta mujer me amaba tanto, que me ha sacrificado á su carruage y sus alhajas. Esta accion es muy generosa, no es cierto? Pues bien; oid ahora cómo he correspondido á tanta abnegacion. Yo he sido un miserable; yo he aceptado tan grandes sacrificios sin pagarlos; pero aun es tiempo de reparar una falta. Sed testigos de que no debo nada á esa mujer. (*La arroja un bolsillo.*)

MAR. Ah! (*Cae desmayada.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El dormitorio de Margarita. Al fondo el lecho con las colgaduras un poco levantadas; chimenea á la derecha, y á su lado un sofá. Lámpara encendida.—Puerta á derecha é izquierda; ventana en segundo término izqúierda. Es de noche. El acto empieza con música.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen MARGARITA *acostada en el lecho, y* GASTON *sentado y durmiéndose en un sillon junto á la chimenea.*

GAS. Pues señor, me he quedado traspuesto. Bravo, Gaston! Buen modo de cuidar enfermos! Si habrá necesitado alguna cosa! No; está durmiendo. Qué hora es? Las siete. Aun no es de dia, avivemos el fuego.

MAR. (*Despertando.*) Anita, tengo sed, dame de beber.

GAS. Tomad.

MAR. Qué voz es está? Quién es?

GAS. Yo soy, señora; Gaston.

MAR. Y por qué estais en mi alcoba?

GAS. Bebed primero, y despues os lo diré; tiene bastante azucar?

MAR. Si, pero dónde está Anita?

GAS. Durmiendo. Cuando ayer noche vine á preguntar por vos, me encontré á la pobre que se estaba cayendo de sueño. Yo, por el contrario, no tenia gana de dormir; la dije que se fuese á acostar, y me senté en ese sillon, al lado de la chimenea, en dónde he pasado la noche admirablemente. Cómo os sentis hoy?

MAR. Algo mejor. Pero, por qué os habeis incomodado?

GAS. No es incomodidad. Ya sabeis que la mayor parte de las noches las paso en bailes y bromas... bien puedo dedicar una á un enfermo. Además, tenia que hablaros.

MAR. A mí?

GAS. Si; vuestra posicion es muy crítica, Margarita. Vuestros asuntos...

MAR. Mis asuntos?...

GAS. Van de mal en peor. Necesitais dinero. Cuando ayer vine á veros, encontré un acreedor vuestro, que sa-

lia de aquí, y le pagué. Pero no es eso todo. Yo señora, tengo poco dinero, porque lo pierdo en el juego; no obstante, aquí teneis veinticinco luises; no os los doy; os los presto. Aquí los dejo. (*Los coloca en un cajon.*) Aceptadlos; cuando podais, me los devolvereis.

MAR. Qué corazon tan noble teneis! Y hay quién os llama calavera!

GAS. Malas lenguas, señora; pero no hablemos de mí. Sabeis lo que debemos hacer ahora?

MAR. No.

GAS. Hoy hace un dia hermosísimo. Habeis dormido ocho horas largas. Pues bien, descansad otro ratito; de diez á doce. A las doce yo vengo á buscaros; os echais un abrigo, y damos un paseito en coche. Entre tanto yo voy á buscar á mi madre, que no la veo hace quince dias, almuerzo con ella, la doy un abrazo, y á las doce en punto estoy aquí. Qué os parece mi proyecto?

MAR. No sé si tendré fuerzas...

GAS. Pues no las habeis de tener? (*Llamando.*) Anita, la señora desea levantarse.

ESCENA II.

Dichos y ANITA.

MAR. Conque estabas tan rendida, Anita?

ANITA. Un poco, señora.

MAR. Abre, abre la ventana; quiero ver un rayo de sol. Dame la bata. Pero qué será del Doctor?

ANITA. Señora, aquí viene justamente.

MAR. Qué bueno es! La primer visita es para mí. Gaston, cuando os vayais, dejad la puerta abierta.

GAS. Conque hasta las doce.

MAR. Hasta las doce. (*Váse Gaston.*)

ESCENA III.

MARGARITA, ANITA *y el* MÉDICO.

MAR. Buenos dias, doctor. Cuánto os agradezco que vengais tan temprano. Anita, anda á ver si tengo carta.

MÉD. A ver el pulso. Cómo os sentís?

MAR. No lo sé. De espíritu bien; de cuerpo mal. Esta noche pasada, á primer hora, creí que me moria, y mandé llamar un sacerdote. Qué hermosa es la religion! Cómo tranquiliza! Cómo consuela! Yo estaba triste! Tenia miedo á la muerte. Pero vino el sacer-

dote, estuvo hablando conmigo una hora entera, y tristeza, desesperacion, miedo. remordimientos... todo desapareció... Me quedé profundamente dormida, y hace una hora que he despertado.

MÉD. Sí, sí, estais mejor; prometo que para la primavera...

MAR. Gracias, Doctor, gracias por vuestra promesa; ya sé que es deber vuestro consolarme. La mentira es un pecado; pero Dios ha permitido que en boca de los médicos sea una virtud... porque á veces trae la salud al pobre enfermo.

ESCENA IV.

Dichos y ANITA, *con una bandeja con varios regalos.*

MAR. Qué es eso?

ANITA. Son regalos, señora.

MAR. Ay! es verdad! Hoy es dia de año nuevo. Hoy hace un año, á estas horas, estábamos almorzando; saludando con dulce sonrisa al año que nacia. Ya no volveré á ver otro dia como este. La felicidad no es para mí. (*Tomando el estuche.*) Una sortija! Qué dice? «Saint-Gaudens?» Se ha acordado de mí! Una pulsera! Una pulsera que el señor Marqués de Varville me manda desde Lóndres. Oh! qué diria si me viese en tal estado! Pero, ah! todavía hay quien se acuerda de la pobre Margarita.

MÉD. Sois tan buena!

ANITA. Y una carta.

MAR. Quién me escribirá? «Mi querida Margarita, he ido »á tu casa un millon de veces; pero no me han de»dejado verte. A pesar de todo, espero que me »acompañarás hoy, que es el dia mas feliz de mi »vida. El tio de Gustavo, ha cedido por fin, me »llama su sobrina; y hoy, á las nueve, nos casamos »en la Magdalena, capilla de Santa Teresa. Te »abrazo con toda la efusion de un corazon feliz. Tu»ya, Erminia.» Todos son felices, y yo sola... Cierra esa ventana; tengo frio. Dame pluma, papel; dejadme que los cortos instantes que me quedan, los consagre al que amo tanto.

ANITA. (*Ap. al Doctor.*) Qué tal?

MÉD. (Muy mal.)

MAR. (Si creerán que soy sorda!) Doctor, cuando os vayais, hacedme el favor de llevar esta carta á la Iglesia de la Magdalena. Vereis una boda. En cuanto se

haya celebrado, dádsela al novio. Tomad, no olvideis mi encargo, y volved pronto.

ESCENA V.

MARGARITA *y* ANITA.

MAR. Pon este velador en su sitio. Ahora vete; yo te llamaré cuando te necesite.

ESCENA VI.

MARGARITA.

MAR. (*Leyendo una carta.*) «He tenido noticia del desafío »de Armando y del Duque de Giré, y no por mi »hijo, que se marchó sin despedirse de mí. Yo os »acusaba de este duelo, y de su rápida partida; pero »gracias á Dios, el Duque está fuera de peligro, y »lo sé todo. Habeis cumplido un juramento superior »á vuestras fuerzas, y tan terribles combates, han »perjudicado vuestra salud. He escrito á Armando »confesándoselo todo; y aunque está lejos, vendrá »á pediros su perdon y el mio; porque si mi posicion »me obligó á causaros un grave daño, los remordi»mientos me mandan repararlo. Cuidaos, Margarita, »y esperad. Vuestro valor, y vuestra heróica abne»gacion, merecen un porvenir mas venturoso, y le »obtendreis; yo os lo prometo.—Ernesto Duval, 15 »de Noviembre.» Seis semanas han pasado desde que el padre de Armando me escribió esta carta, y yo la leo todos los dias para que no me abandone el valor y pueda vivir. Sí, vivir! Si pudiese llegar á la primavera! Ah! qué cambiada estoy! Pero el Doctor ha prometido curarme; sí, sí!... Pero no ha dicho á Anita hace poco, que estaba gravemente enferma? Tal vez no haya perdido las esperanzas; tal vez pueda resistir algunos meses; y entonces, oh! entonces... Armando volverá, y su presencia me traerá la felicidad, la vida! No debo estar tan mala, no; si lo estuviera, no me hubiera propuesto Gaston dar un paseo. Puede que se equivoque el médico. (*Vá á la ventana.*) Qué hermoso está el dia! Qué alegres están las calles! Oh! qué niño tan hermoso está jugando! De buena gana daria un beso á ese niño!

ESCENA VII.

MARGARITA *y* ANITA.

ANITA. Señora...
MAR. Qué es eso, Anita?
ANITA. Hoy estais mejor, no es verdad?
MAR. Sí; por qué?
ANITA. Me prometeis no afectaros?
MAR. Pues qué ha sucedido?
ANITA. He querido prepararos... porque... vamos... las buenas noticias cuando se dán de repente, tambien perjudican.
MAR. Una buena noticia?
ANITA. Sí, señora.
MAR. Armando! Has visto á Armando! Armando viene á verme!

ESCENA VIII.

Dichas y ARMANDO.

MAR. Armando!
ARM. Yo soy, Margarita! Yo! Tan arrepentido y tan culpable! Dí que has olvidado el daño que te ha causado mi infame proceder.
MAR. Perdonarte yo, Armando! Pues qué; eres tú culpable? No; yo sí, porque quise tu felicidad á costa de la mia. Pero... ya no nos separará tu padre... no es verdad? Ay! Armando! Qué fea encuentras á tu Margarita! Pero todavía soy jóven, y volverá la hermosura con la felicidad; porque ahora soy feliz, muy feliz... y desde hoy empieza para nosotros una nueva existencia.
ARM. Ya no me separo de tí, ni un momento. Mira, Margarita; hoy mismo saldremos de esta casa, y no volveremos á París. Mi padre consiente en nuestra union. Te querrá como á su hija. Mi hermana se ha casado, y el porvenir se nos presenta dulce y risueño.
MAR. Ay! habla asi, Armando, habla así. Con tus palabras siento un bienestar, una dulzura que hace tanto tiempo no habia gustado. Mi salud renace con tu cariño; bien decía yo esta mañana, que solo una cosa podia curarme. Ay! no me atrevia á esperarla! Pero estás aquí, aquí, á mi lado. No perdamos un momento! Si todavía no sabes nada! Erminia se casa hoy... iremos allí á rezar... á dar gracias á Dios

por el favor que me reserva para el dia de año nuevo. Vamos, Anita, vamos; dame la ropa, voy á salir.

ARM. Ah! buena Anita!

MAR. Todos los dias hablábamos de tí, las dos solas... porque los demás no se atrevian á pronunciar tu nombre. Y Anita me consolaba, y me decia... «Ya vendrá, señora, ya vendrá,» y no mentía, porque has venido. Qué cosas tan bonitas habrás visto en tu viaje! Ya las veremos juntos los dos. Qué elegante estoy! Verdad?

ARM. Qué tienes, Margarita? Qué pálida te pones!

MAR. No es nada, amigo mio, nada. La ventura me deja sin aliento... y el corazon oprimido... por tanto tiempo... la alegría mata... es verdad... pero... (*Cae en el sofá.*)

ARM. Dios mio! Margarita! Habla, habla por Dios, yo te lo ruego.

MAR. No temas, amigo mio; ya sabes que me suelen dar estos desmayos, pero pasan pronto. Mírame! Ya estoy mejor; ves? Ya me sonrio. Es la esperanza de la vida, que se agolpa á mi corazon, y... me ahoga.

ARM. Tiemblas! Tu mano parece un hielo!

MAR. Si no es nada... no... nada... No te asustes por esto... Armando...

ARM. Dios mio! Dios mio!

MAR. (*Tirando el abrigo con rabia.*) Oh! no puedo, no puedo!

ARM. Anita, corre á buscar al médico.

MAR. Sí, sí, y dile que Armando ha venido, y que quiero vivir. (*Vase Anita.*) Si tu vuelta no me ha salvado, no hay remedio para mí. Tarde ó temprano la muerte llega.

ARM. Dios no me ha traido aquí para que te pierda! Margarita, vivirás... ó moriremos los dos.

MAR. Acércate á mí. Hace un momento, la idea de la muerte me horrorizaba; ahora no, la agradezco que no haya venido, hasta que te he vuelto á ver. Si mi muerte no fuera segura, tu padre no te hubiera escrito que vinieras.

ARM. No digas eso, Margarita; no digas que vás á morir; dí que no lo crees... que no puede ser... que no quieres...

MAR. Tendré yo que darte ejemplo de valor? Pues bien' Armando, toma este medallon; es un retrato de cuando era bella. Para tí lo he mandado hacer... Consérvale, guárdalo... para que te acuerdes de

mí. Pero si llega un caso, como puede suceder, que te ame otra mujer... y te casas con ella... y encuentra mi retrato... dila que es una amiga tuya, que ha muerto en la flor de su vida, y que está pidiendo á Dios por ella y por tí... Pero si tuviere celos del pasado... porque nosotras los tenemos siempre... si te exije el sacrificio de mi retrato... no se lo niegues... hazlo sin remordimiento, porque desde hoy te lo perdono... Yo bien sé que la mujer que ama, padece mucho cuando cree que no es amada... Me has comprendido, Armando? Lo harás? Responde.

ARM. Ah! Margarita!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, GUSTAVO, GASTON, ANITA *y* ERMINIA.

ARM. Ay Gustavo! Qué desgraciado soy!

MAR. Sí; me estoy muriendo... pero soy feliz... y la felicidad no me deja sentir la muerte... Ya estais casados, ya sois más dichosos que antes... Acordaos algunas veces de mí. Armando, dáme la mano. No es tan terrible este trance... siendo tan feliz!... (*Sale Gaston.*) Aquí está Gaston. La dicha nos hace ingratos; ya os habia olvidado. Si supieras cuánto me ha cuidado! Ay! Dios mio! (*Levantándose.*)

ARM. Margarita!

MAR. Ya no sufro... nada... nada... Si parece que vuelvo á la vida! Siento un bienestar como nunca. Ay! si, viviré. (*Muere.*)

FIN.

Es copia del original censurado, que existe en el Archivo del Ministerio de la Gobernacion del Reino, de donde se ha sacado.

EL EDITOR.